



El doctor Sangrado

Escrito por Alain-René Lesage

Traducción por Joaquín de la Sierra

*Joaquín Sierra*



**HEROE.COM**

© 2024. Heroe.com. Todos los derechos reservados.

## Introducción

«El doctor Sangrado» de Alain-René Lesage es un relato satírico que se inscribe en la tradición picaresca, donde se abordan con humor y crítica mordaz las prácticas médicas de la época. El autor nos introduce a Gil Blas, un joven que se convierte en aprendiz del doctor Sangrado, un médico cuyas ideas fijas sobre la cura universal mediante sangrías y el consumo de agua rozan lo absurdo. A través de las vivencias de Gil Blas bajo la tutela del doctor, Lesage explora temas como la superstición en la medicina, la ignorancia disfrazada de sabiduría y la corrupción profesional. Con un estilo ágil y cargado de ironía, Lesage invita al lector a cuestionar la autoridad.

### El doctor Sangrado

Mientras iba de camino, ¿quién debería cruzarse conmigo sino el doctor Sangrado, a quien no había visto desde el día de la muerte de mi patrón? Me tomé la libertad de tocarme el sombrero. Me reconoció en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Vaya! —dijo él, con tanto entusiasmo como su temperamento le permitía—. ¡El mismo muchacho que quería ver! Nunca me he olvidado de ti. Necesito un muchacho listo a mi lado, y te he señalado como el indicado, si sabes leer y escribir.

—Señor —respondí—, si eso es todo lo que requiere, soy su hombre.

—En ese caso —replicó él—, no necesitamos buscar más. Ven a casa conmigo. Estarás muy cómodo; te trataré como a un hermano. No tendrás sueldo, pero se te proporcionará todo. Comerás y beberás según el verdadero sistema científico, y te enseñaré a curar todas las enfermedades. En una palabra, serás más bien mi joven Sangrado que mi criado.

Acepté la propuesta del doctor, con la esperanza de convertirme en un Esculapio bajo tan inspirado maestro. Me llevó a casa de inmediato para instalarme en mi honorable empleo, que consistía en anotar el nombre y domicilio de los pacientes que lo llamaban en su ausencia. De hecho, había habido un registro para este propósito, llevado por una empleada, pero ella no tenía el don de deletrear correctamente y escribía con una mano muy confusa. Esta cuenta debía llevarla yo. Podía llamarse con propiedad una

lista de mortalidad, pues todos los pacientes iban de mal en peor durante el corto tiempo que continuaban en este sistema. Era una especie de tenedor de libros para el otro mundo, para asignar lugares en la diligencia y asegurarme de que los primeros en llegar fueran los primeros en ser atendidos. Siempre tenía la pluma en la mano, porque el doctor Sangrado tenía más práctica que cualquier médico de su época en Valladolid. Se había ganado reputación con el público por cierto argot profesional, acompañado de una cara de médico y algunas curaciones extraordinarias más veneradas por la fe implícita que por la investigación escrupulosa.

No le faltaban pacientes, ni por ende, propiedad. No mantenía la mejor casa del mundo; vivíamos con alguna atención a la economía. El menú usual consistía en guisantes, frijoles, manzanas cocidas o queso. Consideraba esta comida como la más adecuada para el estómago humano, es decir, como la más apta para los molares, de donde debía pasar por el proceso de digestión. Sin embargo, aunque su paso era fácil, no estaba a favor de obstruir el camino con mucho de ellos; y, para ser justos, tenía razón. Pero aunque nos advertía a la criada y a mí contra la sobrealimentación en lo que respecta a sólidos, se compensaba con el permiso libre de beber tanta agua como quisiéramos. Lejos de prescribirnos algún límite en esa dirección, a veces nos decía:

—Beban, beban más; la salud consiste en la flexibilidad y humedad de las partes. Beban la mayor cantidad de agua posible; es un disolvente universal; el agua licua todas las sales. ¿La presión de la sangre es baja? El agua ayudará. ¿La presión es alta? Tomen más agua.

Nuestro doctor era tan ortodoxo en este tema que, aunque estaba avanzado en años, él mismo no bebía nada más que agua. Definía la vejez como un consumo natural que nos seca y nos desgasta; sobre este principio deploraba la ignorancia de aquellos que llaman al vino “la leche de los ancianos.” Mantenía que el vino los desgasta y los corroe; y lo repudiaba con toda la fuerza de su elocuencia, ese licor fatal tanto para jóvenes como para viejos, ese amigo con una serpiente en su seno, ese placer con una daga en su cinturón.

A pesar de estos bellos argumentos, al cabo de una semana sentí una dolencia que fui blasfemo al atribuirle al disolvente universal y la nueva

dieta. Expuse mis síntomas a mi maestro, con la esperanza de que relajara el rigor de su régimen y aderezara mis comidas con un poco de vino; pero su hostilidad hacia ese licor era inflexible.

—Si no tienes filosofías suficientes —dijo—, para el agua pura, hay infusiones inocentes para fortalecer el estómago contra la náusea de los sorbos acuáticos. La salvia, por ejemplo, tiene un sabor muy agradable; y si deseas elevarlo a una indulgencia, basta con mezclar romero, amapola silvestre y otras hierbas simples, pero sin compuestos.

En vano cantaba las alabanzas del agua y me enseñaba el secreto de componer deliciosos mejunjes. Tan abstemio era que, notando mi moderación, dijo:

—En verdad, Gil Blas, no me maravilla que no estés mejor de lo que estás; no bebes lo suficiente, amigo mío. El agua tomada en pequeña cantidad solo sirve para separar las partículas de bilis y ponerlas en acción; pero nuestra práctica es ahogarlas con un baño copioso. No temas, muchacho bueno, que una superabundancia de líquido debilite o enfríe tu estómago; lejos de tu mejor juicio esté ese temor tonto de la bebida sin adulterar. Te aseguro contra todas las consecuencias; y si mi autoridad no te sirve, lee a Celso. Ese oráculo de los antiguos hace una panegírica admirable del agua; en resumen, dice en términos claros que aquellos que alegan un estómago inconstante a favor del vino, publican una calumnia sobre sus propias vísceras y hacen de su constitución una excusa para su sensualidad.

Como hubiera sido descortés de mi parte descontrolarme en mi entrada a la carrera médica, fingí una convicción total. De hecho, realmente pensaba que había algo en ello. Por lo tanto, seguí bebiendo agua bajo la autoridad de Celso. O, para hablar en términos científicos, comencé a ahogar la bilis en abundantes tragos de ese licor sin adulterar. Aunque me sentía peor cada día, el prejuicio ganó la causa contra la experiencia. Es evidente, por lo tanto, que estaba en el camino correcto hacia la práctica de la medicina. Sin embargo, no siempre podía ser insensible a los malestares que aumentaban en mi organismo, hasta el grado de decidirme a dejar al doctor Sangrado. Pero él me invistió con un nuevo cargo que cambió mi tono.

—Escúchame, hijo —me dijo un día—, no soy uno de esos maestros duros e ingratos que dejan a su servidumbre envejecer en el servicio sin una

recompensa adecuada. Estoy muy complacido contigo, te tengo aprecio, y sin esperar a que cumplas tu tiempo, haré tu fortuna. Sin más preámbulo, te iniciaré en el arte de la curación, del cual he sido la cabeza durante tantos años. Otros médicos hacen consistir la ciencia en diversas ramas ininteligibles, pero yo te acortaré el camino y prescindiré de las fatigosas tareas de estudiar filosofía natural, farmacia, botánica y anatomía. Recuerda, amigo mío, que sangrar y beber agua caliente son los dos grandes principios, el verdadero secreto para curar todos los males incidentales a la humanidad. Sí, este maravilloso secreto que te revelo, y que la naturaleza, más allá del alcance de mis colegas, no ha podido ocultarme, se comprende en estos dos artículos, a saber, sangrar y dar de beber. Aquí tienes el compendio total de mi filosofía. Estás completamente fundamentado en medicina y puedes elevarte a la cumbre de la fama sobre los hombros de mi larga experiencia. Puedes entrar en sociedad de inmediato, llevando los libros por la mañana y saliendo a visitar pacientes por la tarde. Mientras yo dosifico a la nobleza y el clero, tú laborarás en tu vocación entre las clases más bajas; y cuando tengas un poco de experiencia, te haré admitir en nuestro cuerpo. Eres un filósofo, Gil Blas, aunque nunca hayas graduado; la multitud común de ellos, aunque han graduado en debida forma y orden, es probable que recorran la longitud de sus posibilidades sin distinguir la mano derecha de la izquierda.

Agradecí al doctor por haberme habilitado tan rápidamente para servir como su suplente y, en agradecimiento a su bondad, prometí seguir su sistema hasta el final de mi carrera, con una indiferencia magnánima respecto a los aforismos de Hipócrates. Pero ese compromiso no debía tomarse al pie de la letra. Esta tierna inclinación hacia el agua iba en contra de mis principios, y tenía un plan para beber vino todos los días discretamente entre los pacientes. Dejé de usar mi propio traje por segunda vez para adoptar uno de mi maestro y parecer un practicante experimentado. Después, puse en práctica mis teorías médicas, dejando a los interesados considerar los resultados.

Empecé con un alguacil que tenía una pleuresía; fue condenado a ser sangrado con el máximo rigor de la ley, al mismo tiempo que debía reponerse copiosamente con agua. Luego hice una incursión en las venas de un pastelero gotoso, que rugía como un león debido a los espasmos de la gota. No tuve más ceremonias con su sangre que con la del alguacil, y no

impuse restricciones a su gusto por los líquidos simples. Mis recetas me reportaron doce reales (chelines), un incidente tan auspicioso en mi carrera profesional que solo deseaba las plagas de Egipto para todos los ciudadanos saludables de Valladolid.

Apenas llegué a casa cuando entró el doctor Sangrado. Le hablé sobre los pacientes que había visto y le entregué ocho reales de los doce que había recibido por mis recetas.

—Ocho reales —dijo él, al contarlos—. Muy poco para dos visitas, pero debemos aceptar las cosas como vienen.

En el espíritu de aceptar las cosas como venían, echó mano a seis de las monedas, dándome las otras dos.

—Aquí tienes, Gil Blas —continuó él—. Mira qué base sobre la cual construir. Te cedo la cuarta parte de todo lo que me traigas. Pronto harás tu fortuna, amigo mío, porque, con la bendición de la Providencia, habrá mucha mala salud este año.

Tenía razones para estar contento con mi dividendo, ya que, habiendo decidido retener una tercera parte de lo que recuperara en mis rondas y luego tocar otra cuarta parte del resto, entonces la mitad de todo, si la aritmética no es más que una decepción, se convertiría en mi beneficio. Esto me inspiró un nuevo entusiasmo por mi profesión.

Al día siguiente, tan pronto como terminé de almorzar, retomé mi parafernalia médica y salí nuevamente al campo. Visité a varios pacientes en la lista y traté sus diversos males con una rutina invariable. Hasta entonces, las cosas habían ido bien y, gracias a Dios, nadie se había levantado en rebelión contra mis recetas. Pero, por muy extraordinarias que sean las curas de un médico, siempre hay algún charlatán dispuesto a destrozarse su reputación.

Fui llamado a ver al hijo de un tendero que sufría de hidropesía. ¿A quién encontré allí antes de mi llegada sino a un médico de aspecto sombrío, llamado doctor Coutú, presentado por un pariente de la familia? Hice una reverencia profunda a todos, pero la más pronunciada fue para el personaje a quien supuse había sido invitado para una consulta conmigo. Él devolvió

mi cumplido con un aire distante; luego, después de mirarme la cara durante unos segundos, dijo:

—Señor, perdóneme por ser curioso; pensaba que conocía a todos mis colegas en Valladolid, pero confieso que su fisonomía me es completamente nueva. Debe llevar poco tiempo establecido en la ciudad.

Confesé ser un joven practicante, actuando aún bajo la dirección del doctor Sangrado.

—Lo felicito —respondió él cortésmente—; está estudiando bajo un gran hombre. Sin duda debe haber visto una enorme cantidad de sana práctica, a pesar de lo joven que parece ser.

Hablaba con tal facilidad y seguridad que no sabía si lo decía en serio o si se burlaba de mí. Mientras meditaba mi respuesta, el tendero, aprovechando la oportunidad, dijo:

—Señores, estoy convencido de que ambos son perfectamente competentes en su arte; tengan la bondad de encargarse del caso sin más dilación y encuentren algún medio efectivo para restablecer la salud de mi hijo.

Entonces, el pequeño médico de pulsos se puso a revisar la situación del paciente; y después de haberme detallado todos los síntomas, me preguntó cuál pensaba que era el método de tratamiento más adecuado.

—Opino —respondí—, que debería ser sangrado una vez al día y beber tanta agua caliente como pueda tragar.

Ante estas palabras, nuestro diminuto doctor me dijo, con una sonrisa maliciosa:

—¿Y así piensa que se salvará el paciente?

—No hay duda de ello —exclamé con tono confiado—; debe producir ese efecto, porque es un método seguro de curar todas las enfermedades. Pregunte al Señor Sangrado.

—En ese caso —replicó él—, Celsus está completamente equivocado; pues sostiene que la manera más rápida de curar a un paciente hidrópico es dejarlo casi morir de hambre y sed.

—Oh, en cuanto a Celsus —interrumpí—, él no es mi oráculo; es tan falible como el más insignificante de nosotros; a menudo tengo la ocasión de congratularme por ir en contra de sus dogmas.

—¡Vaya! Por su lenguaje —dijo Coutú—, descubro el seguro y certero método de práctica que el doctor Sangrado inculca en sus discípulos. Sangrar y empapar son la extensión de sus recursos. ¡No es de sorprender que tantas personas respetables mueran bajo su dirección!

—¡No difames! —interrumpí yo, con acritud—. Un miembro de la facultad no debe empezar a tirar piedras. Vamos, vamos, mi docto doctor, los pacientes pueden llegar al otro mundo sin sangrías ni agua caliente; y cuestiono si el más mortal de nosotros ha firmado más pasaportes que tú. Si tienes algún agravio con el Señor Sangrado, publica un ataque contra él; él te contestará, y pronto veremos quién ganará la batalla.

—¡Por todos los santos del calendario! —juró él en un arrebató de pasión—, ¡poco sabes con quién estás hablando! Tengo lengua y puño, amigo; y no le temo a Sangrado, quien con toda su arrogancia y afectación no es más que un necio.

El tamaño del pequeño repartidor de muertes hizo que despreciara su ira. Le respondí bruscamente; él devolvió lo que recibió, hasta que finalmente llegamos a las manos. Nos habíamos arrancado unos cuantos puñados de pelo antes de que el tendero y su pariente pudieran separarnos. Cuando lo lograron, me pagaron por mi asistencia y retuvieron a mi antagonista, a quien consideraban el más hábil de los dos.

Otra aventura me sucedió inmediatamente después de esta. Fui a ver a un cantante corpulento con fiebre. Tan pronto como le mencioné el agua caliente, se mostró tan contrario a este remedio que cayó en un ataque de improperios. Me maltrató de todas las formas posibles y amenazó con lanzarme por la ventana. Me apresuré a salir de su casa más rápido de lo que había entrado.

No quise ver más pacientes ese día y me dirigí a la posada donde había acordado encontrarme con Fabricio. Él llegó primero. Como nos encontramos con ánimo de beber, bebimos en exceso y retornamos a nuestros empleadores en bastante mal estado; es decir, bastante borrachos.

El Señor Sangrado no se dio cuenta de mi embriaguez porque tomó los gestos vivos que acompañaban el relato de mi pelea con el pequeño doctor como un efecto de la agitación aún no calmada después de la batalla. Además, él también tuvo su parte en mi reporte y, sintiéndose picado por los insultos de Coutú...

—Has hecho bien, Gil Blas —dijo—, en defender el carácter de nuestra práctica contra este pequeño aborto de la facultad. ¿Así que él se atreve a oponerse a los baños de agua en casos de hidropesía? ¡Un ignorante! Mantengo, en mi propia persona, que el uso de ellos puede reconciliarse con las mejores teorías. Sí, el agua es una cura para todo tipo de hidropesías, así como es buena para los reumatismos y la clorosis. Es excelente también en aquellas fiebres cuya causa es a la vez secar y enfriar e incluso milagrosa en aquellos trastornos atribuidos a humores fríos, delgados y pituitosos. Esta opinión puede parecer extraña a jóvenes practicantes como Coutú, pero es perfectamente ortodoxa en los sistemas más sólidos y sonoros; de modo que, si personas de esa descripción fueran capaces de adoptar una visión filosófica, en lugar de desprestigiarme, se convertirían en mis más celosos defensores.

En su furia, nunca sospechó que yo estuviera bebiendo, pues para exasperarlo aún más contra el pequeño doctor, había añadido a mi relato algunas circunstancias de mi propia invención. Aun así, absorto como estaba en lo que yo le había contado, no pudo evitar notar que bebía más agua de lo habitual esa noche. De hecho, el vino me había dejado muy sediento. Cualquiera menos Sangrado hubiera sospechado de mi avidez por tragar vaso tras vaso; pero en cuanto a él, dio por sentado, en la simplicidad de su corazón, que había comenzado a adquirir gusto por las potaciones acuáticas.

—Al parecer, Gil Blas —dijo él, con una sonrisa benévola—, ya no tienes tanta aversión al agua. ¡Como el cielo es mi juez, la bebes como néctar! No es de sorprender, mi amigo; estaba seguro de que no tardarías en cogerle gusto a ese licor.

—Señor —respondí—, hay una marea en los asuntos de los hombres; con mis luces actuales daría todo el vino de Valladolid por un litro de agua.

Esta respuesta deleitó al doctor, quien no quiso perder tan excelente oportunidad para exhibirse en la excelencia del agua. Se comprometió a hablar de nuevo en su alabanza, no como un defensor mercenario, sino como un entusiasta en una causa muy digna.

—Mil veces —exclamó él—, mil y mil veces más valiosos, por ser más inocentes que todas nuestras cantinas modernas, eran aquellos baños de épocas pasadas, adonde la gente iba, no vergonzosamente a derrochar sus fortunas y exponerse a la vida bebiendo vino, sino reuniéndose allí para la decente y económica diversión de beber agua caliente. Es difícil admirar suficientemente la previsión patriótica de aquellos antiguos políticos que establecieron lugares de reunión pública donde se repartía agua gratis a todos los asistentes y quienes confinaban el vino a las tiendas de los boticarios, para que su uso fuera prohibido salvo bajo la dirección de los médicos. ¡Qué golpe de sabiduría! Sin duda, para preservar las semillas de esa frugalidad antigua, emblemática de la edad dorada, hay personas que hasta este día, como tú y yo, no beben nada más que agua y están convencidas de que poseen una prevención o cura para todos los males, siempre que nuestra agua caliente nunca haya hervido; porque he observado que el agua cuando hierve es más pesada y se asienta menos bien en el estómago.

Mientras explicaba con elocuencia, yo estaba más de una vez en peligro de partirme de risa. Pero me las arreglé para mantener la compostura; es más, incluso me puse de acuerdo con la teoría del doctor. Encuentro fallos en el uso del vino y compadezco a la humanidad por haber contraído un gusto desafortunado por una bebida tan perniciosa. Luego, al encontrar mi sed no suficientemente saciada, llené un gran vaso con agua, y, después de haberlo bebido como un caballo...

—Vamos, señor —dije a mi patrón—, bebamos abundantemente de este líquido beneficioso. Hagamos revivir en su casa aquellos primeros establecimientos de dilución que tanto lamenta.

Él aplaudió de éxtasis ante estas palabras y me predicó durante una hora entera sobre no permitir que ningún líquido salvo agua pasara por mis labios. Para confirmar el hábito, prometí beber una gran cantidad todas las noches; y para cumplir mi palabra con menos violencia a mis inclinaciones

privadas, me fui a la cama con el propósito decidido de ir a la cantina todos los días.

## ¡Muchas gracias!

Esperamos que haya disfrutado de esta narración. En Heroe.com, como una pequeña pero apasionada editorial independiente, nos sentiríamos profundamente honrados si decide compartir este archivo con otros amantes de la literatura. Su apoyo nos ayuda a cumplir nuestra misión de llevar grandes obras literarias a todos los rincones del mundo.

A través del siguiente enlace, podrá descubrir diversas maneras de compartir este archivo y contribuir a la difusión de la literatura global. Además, encontrará la narración completa de este relato y muchos otros, disponibles de manera gratuita, para que siga explorando y disfrutando de nuevas historias.

Gracias por ser parte de nuestra comunidad de lectores y por ayudarnos a expandir el amor por la literatura.



<https://motmot.org/s/57>